

Peregrinación a San Pedro Alejandrino

Santa Marta florece!—Jamás he visto el cielo más estrellado ni más profundamente azul que una noche en que, dejando La Guaira, navegábamos, a favor del viento, hacia costas colombianas. El águila dorada de la proa desplegaba sus alas como anunciando prósperos hados, y el mar Caribe estaba en la estación de los alciones. Yo fijaba los ojos en Véspero, astro de los amantes, que lucía con un resplandor trémulo, como una antorcha nupcial, o descubría, al norte, muy lejana y pálida, la estrella polar. Un viejo marino, de buen humor, me señalaba en la bóveda celeste el curso de las constelaciones: la Osa Mayor, el Toro, las Pléyades, el Gran Orión, y acompañaba estos nombres de graves cuentos mitológicos.

La soledad del océano nos hace silenciosos y pensativos. Como el cielo y el mar, nuestros pensamientos entonces no tienen fondo ni orillas... A lo lejos unas aves de paso van volando, volando; algas marinas que viajan sin rumbo y que no llegarán jamás; delfines amigos de la música, que suelen seguir el barco, saltando sobre las ondas, y que antiguamente fueron encantados por la lira de Orfeo; cielo azul, mar azul, azul silencio...

Después, ornada de nubes, la cresta argentina de la Sierra Nevada, las cúpulas redondas, las torres blancas de Santa Marta, las palmeras tropicales, la magnífica bahía de color de esmeralda, la punta de Betín, al occidente; el Cuerno, al oriente, y los escarpados Morros, ceñidos de férrea armadura, que custodian la ciudad.

Doblamos el Cuerno, Santa Marta duerme la siesta bajo un sol reverberante; los edificios se destacan sobre la verdura de los árboles y de los cerros. Luego, al recorrer las calles, se siente su ambiente señorial, su venerable ancianidad, y el poeta medita melancólicamente en lo que fue y ya no existe. Esas vetustas arcadas y amplios patios, sombreados de olorosos naranjos, esos marmóreos pavimentos y pesadas rejas, con ramos benditos, esos caserones solariegos y coloniales templos, nos dicen que aquí vivieron tranquila y holgadamente grandes señores, de espadín y gola, que en lejanos tiempos lucieron, en la cortesanía de los minúes y en el regocijo de las pavanas, sus empolvadas pelucas y sus casacas de oro.

Santa Marta, la ciudad fundada por Bastidas, tuvo limpios blasones y mereció el título de *muy noble y muy leal*, que le dieron los monarcas de España. *Muy hospitalaria y munificente*, debemos agregar hoy, que, con los brazos abiertos y con eximio gesto de gran señora, ha recibi-

=De la obra *Los Cantores de Bolívar*. Bogotá, 1930=



Desahucio...

Por Rendón

La venta de la Quinta de San Pedro Alejandrino

Ayer fué dirigido a la asamblea departamental del Magdalena y al periódico *El Estado*, el siguiente despacho telegráfico:

Estado, asamblea departamental. Santa Marta.—Leemos prensa: «Asamblea Magdalena acaba aprobar ordenanza por medio del cual autorizase gobernación dar en venta real, enajenación perpetua, al primer postor que se presente, reliquia histórica San Pedro Alejandrino».

Si la deslealtad al patrimonio moral de la república que tal ordenanza atestigua, pasara en silencio, querría decir que nuestra dignidad y nuestra conciencia histórica, fuerza y razón de la nacionalidad independiente, en menguada hora habría llegado a su definitivo eclipse.

Un país en cuyos lineamientos aún perdura el espíritu de la gente latina, no podrá permitir nunca que so pretexto de apacentar las impaciencias mercantiles, sean desdeñados, menospreciados u olvidados los valores esenciales del espíritu nacional, únicos capaces de sostener la personería jurídica de nuestro pueblo y de nuestra raza. El derecho de ser plenamente soberanos y materialmente prósperos, no se logra en la subasta afanosa de los bienes que los mayores nos legaron.

Con plena conciencia de nuestra responsabilidad, esperamos que el pueblo impida, por la fuerza, si fuere necesario, que en tal manera sea bastardeada la facultad legislativa, que es, precisamente, la emanación más perfecta de la soberanía.

Tristemente simbólico sería que como latinos no pudiéramos guardar siquiera el único refugio que para morir encontró el genio de la libertad de Suramérica. Si Bolívar se ha ausentado de las almas, que por lo menos nos quede la materialidad de los muros bajo los cuales nos enseñó a ser grandes y decorosos en la adversidad.

Luis Rueda Concha, Jorge Eliécar Gaitán, José Camacho Carreño, Silvio Villegas, Rafael Maya, Víctor Amaya González.

Cali, 26 de abril, 1930.

Eduardo Santos, Luis Cano. —Bogotá.

La prensa de esta ciudad informa que la Asamblea del Magdalena autoriza la venta en subasta pública de la Quinta de San Pedro Alejandrino. Les sugerimos la formación de

(Pasa a la página 320)

do la romería patriótica venezolana. Bien la conocía Bolívar cuando, abandonado de todos, se refugió en sus brazos magnánimos y le confió su postrer aliento.

Santa Marta deja una rara impresión romántica en el espíritu observador y sentimental. Se extinguieron sus hidalgos moradores, cubriéndose de orín las heroicas panoplias y la zarza invadió el palenque, pero como en las grietas de una encina centenaria, retoña aquí la sabia de la antigua estirpe y florece la raza preclara. Paso, y bajo un portal carcomido que ostenta escudo de piedra, y que deja ver, en lo interior, un jardín y una fuente, me miran y sonríen tres samarias, lozanas y tiernas como rosas matinales: Sara, Paulina, Atala... Santa Marta florece!

Santa Marta arde, en este atardecer, en llamas bermejas. Yo la contemplo solo, desde la playa solitaria; el mar es un maravilloso crisol, y, al bañar suavemente la arena, parece que la tiñera de zafiro; los Morros se levantan como foscas fantasmas, y, tras El Cuerno declina espléndido el sol de Colombia. Entonces pienso que este misterio de la tarde, este ambiente de la marina armoniosa, estos rojos oros del crepúsculo samario, impregnaron también de desolación, hace muchos años, el alma incomparable de Bolívar; que a esta hora, en aquellos solemnes días, sus pasos lentos dejaron huellas en esta movediza arena, y su mirada incierta contempló, enternecida también, la soledad inmensa de los mares! Santa Marta! Santa Elena!...

El testamento de Bolívar.

—En la notaría me presenté al día siguiente en solicitud del testamento original de Bolívar. Una niña, hija del notario, y en su ausencia, me respondió cortésmente abriendo un viejo escaparate; sacó unos papeles, y cuidadosamente, como si abriera un paquetito de cartas de amor, desató, desenvolvió y puso en mis manos un volumen empastado en cuya portada se lee esta inscripción: *Protocolo correspondiente al año de 1830. 50 fojas útiles. 37 documentos. Contiene el testamento del General Simón Bolívar*. Abrí el libro y leí, en 4 fojas útiles, el precioso código, escrito, con esmero, de puño y letra de don José Catalino Noguera, en renglones interlineados. El texto no tiene enmendaturas, y lleva al pie la firma de *Simón Bolívar*, en letra clara, y su rúbrica, muy imperfecta, que demuestra pulso débil y tembloroso. En seguida está la firma de *José Catalino Noguera, Escribano público*. Ni en éste, ni en los demás documentos del protocolo, aparecen firmas de testigos. El testamento es conforme al texto publicado y generalmente conocido.